



CÓRDOBA el Periódico

¡conoce
información a medida

Pinchazos de insulina cinco veces al día

Inmaculada tiene 28 años y es diabética desde los 21. Cuando le diagnosticaron la enfermedad decidió que debía enfrentarse a ella con fuerza. Sin embargo, las cosas cambiaron cuando su hija, de tres años, debutó a los 18 meses. 'Cuando mi hija fue diagnosticada mi vida sufrió un cambio drástico. Por lo pronto, dejé el trabajo. Si criar a un niño requiere esfuerzo, criar a un niño diabético necesita mucho más'. Inma, la niña, debe pincharse **insulina** cinco veces al día. Le va la vida en ello. Su madre le hace controles de glucemia --para saber cuál es su nivel de azúcar en la sangre-- ocho o diez veces cada jornada. 'Le temo mucho a las bajadas de azúcar. Las hipoglucemias pueden resultar muy peligrosas', explica Inmaculada. Una hipoglucemia severa puede acabar en coma. Además de los pinchazos y controles, Inma debe llevar un horario de comidas muy estricto, como cualquier diabético, y controlar la cantidad de hidratos de carbono de cada comida. La niña está bien atendida en el colegio, pero lo cierto es que nadie se ha hecho responsable de la enfermedad. A media mañana su madre debe pasarse por el centro para realizarle los oportunos controles y darle la merendilla. Inmaculada y su hija intentan hacer una vida normal, pero aunque hoy en día la calidad de vida del diabético ha mejorado mucho las cosas no son fáciles para estos enfermos. Lo sabe bien Rafaela Domínguez, la presidenta de Apadi y madre de una joven diabética: 'La vida de un diabético no tiene nada de normal. El diabético debe hacer un gran esfuerzo porque tiene que someterse a muchas restricciones. Debe tomar un montón de decisiones para las cosas más pequeñas, porque las personas no somos como los ordenadores'.